

CRÓNICAS DE VIAJE

A orillas del río Azul

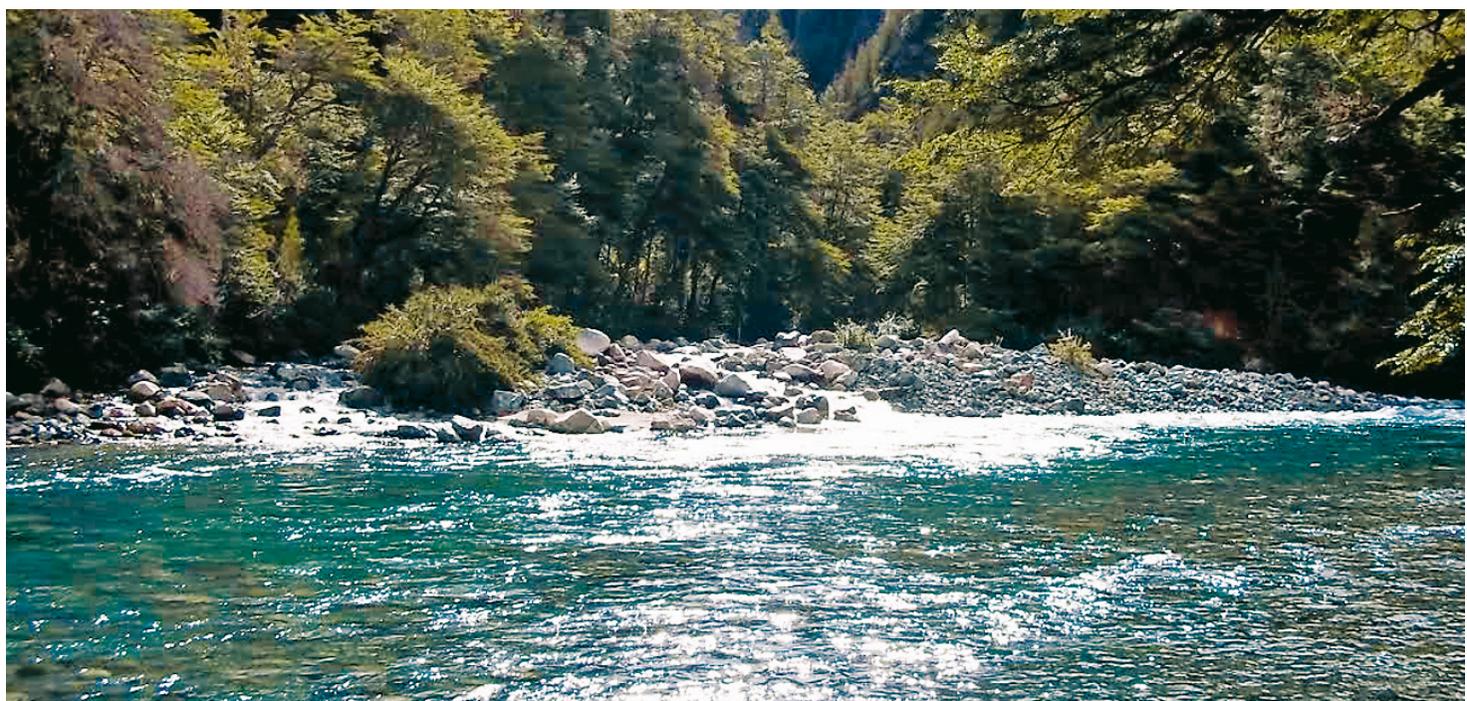
La Patagonia no solo deslumbra por la belleza de su paisaje. Sus habitantes también tienen historias singulares, como la de un vecino radicado en las afueras de El Bolsón

Santiago Alassia

Es un susurro lo que se escucha al desandar la huella andina, ese largo camino que bordea la zona cordillerana uniendo las provincias de Neuquén, Río Negro y Chubut. Los pueblos originarios llamaron lahuán al árbol más grande de esos casi seiscientos kilómetros. El lahuán, o alerce, es hoy, después de la secuoya, el ser vivo más viejo del mundo: hay ejemplares que rondan los 2600 años. Crece muy lentamente, a razón de 1 milímetro por año, y algunos miden 60 metros.

Desde arriba, donde se arraciman las hojas que así, juntas, hacen la sombra espesa del bosque, desde lo más alto de la copa de los alerces llega ese susurro que es como un quejido suave, como si algo secreto fuera visto sólo por estos seres milenarios. Algo no demasiado feliz, dice El Pata, que vive en una choza a orillas del río Azul, en la afueras de El Bolsón.

La historia es así: veníamos caminando por el sendero, seguíamos las marcas de la huella, caminábamos mirando el agua transparente del río Azul que, varios metros más abajo, serpenteaba reflejando el verdor del bosque al otro lado de la orilla, dejamos de mirar el río y levantamos la vista hacia las hojas de los alerces y casi sin quererlo empezamos a internarnos en el medio del bosque, caminábamos buscando un refugio (mal) señalado en el mapa, seguíamos mirando para arriba hacia las copas altísimas de los alerces, caminábamos oyendo esos quejidos que hacen pensar en criaturas misteriosas sobre todo en un bosque al que no le faltan signos de encantamiento, caminábamos y caminá-



Transparencia. Un pasaje del río Azul, en la zona del oeste cordillerano.

bamos hasta que se nos terminó el agua y ya no escuchamos más el murmullo del río y entonces supimos que estábamos perdidos.

No podíamos volver porque no había un atrás, no había tampoco un adelante sino puro alrededor de árboles, cuyos troncos tenían casi todos, en la base, madrigueras de animales fabulosos o puertitas a otro mundo. Qué podíamos hacer más que seguir, pensamos, cuando entonces apareció. El Pata, quiero decir, su choza en la montaña, apareció ante los ojos. Y llamamos golpeando las manos y él surgió con un jarro de agua fresca, como si supiera que teníamos sed, y no nos preguntó los nombres pero nos contó algunas cosas.

El Pata: setenta años, altura media, delgadez firme, pelo blanco, barba corta ídem, ojos celestes, lentitud en el mascar, charla profusa, mascar lento pero continuo de hojas verdes, saliva ídem en la comisura de los labios. Diseñador gráfico en Buenos Aires (“de los primeros del país, cuando toda esa basura se hacía a mano”), viaje iniciático por Latinoamérica (“en

Ecuador conocí a un californiano medio loco que me dijo en el sur argentino hay un cerro de tres picos y se viene la era de acuario”), hippie en El Bolsón a principios de los 70 (“llegué sin nada y viví de la limosna hasta que aprendí a tejer carteritas, boludeces”), habitante del bosque (“tomé prestada esta tierra que no es mía, cuando muera la devuelvo”), solitario hasta la médula (“tuve cinco hijos que por suerte crecieron y no sé dónde andan”).

No había viento sino que los árboles habían empezado a susurrar, o a quejarse, según El Pata, y entonces yo dije como al pasar que no fuera a ser cosa de que alguno se nos cayera en la cabeza. Habré dicho algo malo, porque pareció enojarse.

—Acá los árbiles no se caen porque sí.

—Bueno, pero siempre puede ocurrir un accidente.

—¿Qué accidente? Acá no hay rama ni árbol que se caiga donde no se tiene que caer.

—¿Y qué son esos? —señalé alrededor, donde había dos o tres árboles caídos y pudriéndose.

—Eso es otra cosa. No son accidentes. Si vos no hiciste nada malo, el bosque no te tira ningún árbol en la cabeza.

—¿Qué son árbiles?

—Árbiles.

—¿Por qué dice así? ¿No son árboles?

—No es buena la o en el árbol. Sobra. Es letra mala. Escuchá: ese alerce tiene cuatro mil años. Es el nono del bosque de todos nosotros. ¿Te creés que no pasó ninguna tormenta?

—El guardaparques nos dijo que el más viejo tiene dos mil seiscientos?

—¿Qué saben esos! Burócratas del bosque. Vos haceme caso a mí. Acá no hay manera de acostumbrarse. O uno está hecho para el bosque, o se tiene que ir. Vivir acá no es fácil. Mejor dicho: o es fácil, o es imposible. Como todo lo que fluye, tiene que ser orgánico. No sirve llegar y andar a la espera de que uno se adapte. Es instantáneo, es un flechazo; sucede o no sucede. Y si no sucede, ¿pa' qué insistir? Hay que irse. ¿Vos qué vas a hacer?

Los concursos literarios, en debate

Los concursos literarios, sus efectos y determinaciones, las historias de algunos escritores que recibieron premios y los criterios de los jurados para elegir las obras en una preselección son el tema de tapa del último número de **La balandra. otra narrativa**, la revista que dirige Alejandra Laurencich.

Martín Kohan, Franco Vaccarini, Samantha Schwelblin, Julia Saltzman y Pablo de Santis son algunos de los escritores y editores convocados para opinar sobre los concursos. Patricia Suárez, Horacio Convertini y Betina González, entre otros autores, cuentan cómo ganaron distintos premios. Y Marcos Mayar, Mariana Enríquez y Jorgelina Nuñez dan cuenta del

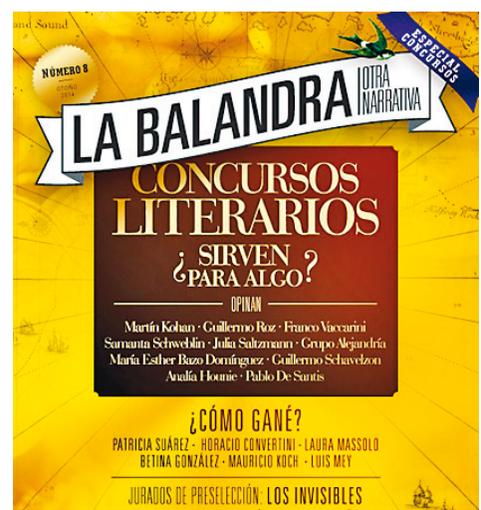
trabajo habitualmente invisible de los jurados de preselección.

“Me tocó ganar algún concurso y perder en infinidad de ocasiones. En esos casos la tentación de pensar que todo está arreglado es grande. Pero eso es un amargo consuelo que no se corresponde a la verdad”, dice Pablo de Santis, en el debate sobre el tema en cuestión.

A su vez, Claudia Piñeiro cuenta su experiencia como jurado. “El asunto más difícil a la hora de leer y juzgar, al menos para mí, es hacerlo dejando de lado el gusto personal. Me incomoda no tener la certeza de que leí como debía ser leída una novela de un género

que, a priori, me interesa menos, por ejemplo, ciencia ficción”, dice Mariana Enríquez aporta su experiencia como jurado de preselección en un concurso: “Las novelas muy flojas son la inmensa mayoría. Encontrar los tesoros escondidos en este mar de textos mediocres es el desafío; y es difícil porque se lee mucho, muy rápido y los plazos son de apenas dos meses”.

Además, **La balandra** incluye un dossier de narrativa del caribe anglófono, con textos de Michelle Cliff, Dionne Brand y Grace Nichols, y el habitual dedicado a nuevos narradores, en este caso con cuentos de Gervasio Noailles, Ariadna Castellarnau y Martín Haín.



Tapa. El último número de **La balandra**.